

EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Redaccion y Administracion.

Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.

En Córdoba, trimestre, 6 rs.
Fuera de la capital; id., 7 id.

<p>REDACTORES.</p> <p>D. Carlos Diaz Bolla.</p> <p>» Enrique Valdelomar Fábregues.</p> <p>» Carlos Franquelo Romero.</p> <p>» Luis Lopez Amigo.</p> <p>» Benito Avilés Merino.</p> <p>» Rafael Garcia Vazquez.</p> <p>COLABORADORES.</p> <p>Srta. Garcia (D.^a Amparo).</p>	<p>Alcalde Valladares (D. Antonio).</p> <p>Avilés (D. Ang. I).</p> <p>Aragon (D. José M.)</p> <p>Ballesteros (D. Manuel).</p> <p>Conde Souleret (D. Raiael).</p> <p>Delgado Lopez (D. Dámaso).</p> <p>Fernandez Grilo (D. Antonio).</p> <p>Franquelo (D. Eduardo).</p> <p>Fuente de Quinto (Baron de)</p> <p>Fernandez (D. Miguel).</p> <p>Fernandez Ruano (D. Manuel)</p>	<p>Illescas (D. Ricardo).</p> <p>Jover y Paroldo (D. José).</p> <p>Jerez Perchet (D. Augusto).</p> <p>Melendo (D. Rafael).</p> <p>Navarro y Porras (D. Luis).</p> <p>Pavon (D. Francisco de Borja).</p> <p>Power (D. Teobaldo).</p> <p>Pavon (D. Rafael).</p> <p>Ramirez de las Casas-Deza (D. L).</p> <p>Vasconi (D. Angel).</p>
---	--	---

SUMARIO.

REVISTA DE LA SEMANA, por B. Avilés.—EL SABLE DE MADERA, T. de R. Garcia.—VARIEDADES.—EL CARIBE ENAMORADO, poesia, por A.—MISCELÁNEA.—CHARADAS.—SOLUCIONES.—LA DAMA NEGRA, continuacion por Eduardo Franquelo.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros suscritores de fuera de la capital que aún no hayan abonado el importe del trimestre que corre, lo hagan efectivo en el término mas breve que les sea posible, para evitar los graves perjuicios que su morosidad produce en nuestra Administracion.

REVISTA DE LA SEMANA.

—Vamos, hombre, qué hay? ¿Qué ha pasado en estos dias?

—A mí nada, gracias, ¿y á V?

—Gracias, igualmente.

—Veamos que trae EL ÁLBUM.

—¿EL ÁLBUM? No ha salido hoy.

—Pues cómo es eso? Tendremos regalo.

—No amigo mio. EL ÁLBUM está enfermo; EL ÁLBUM sufre. Si hoy no se lo ha llevado el aire, le verá V. mañana; pero demacrado, pálido. ¡Lástima de ÁLBUM!

—Pero por qué, qué le ha sucedido, qué le pasa?

—Le pasa... que no le pasa nada. Le parece á V. poco. La suscripcion aumenta cada dia; cada vez es preciso contentar á mayor número de personas y cada dia hay menos que decirles. Por ejemplo, haga V. la revista de esta semana. Por muy espresivo que quisiera V. ser tendría V. hecha la revista con dar cuatro saltos sobre un caballo y llenando un fue-

lle de agua arrojarla con violencia en medio de la calle. Así habría V. dicho ya que las distracciones se redujeron á un poquito de Circo alguna que otra noche y agua y viento todos los dias y noches restantes.

—Tiene V. razon; pero un dia se puede pasar sin revista y sustituirla con un bonito artículo, con una poesia delicada y agradable, y si esto no se quiere, para que haya mas variedad, una larga miscelánea llena perfectamente aquel hueco.

—¡Ah desgraciado! ¡Qué poco entiende usted de achaque de misceláneas!

—Qué diría V. en la miscelánea? La calle del Conde Gondomar está intransitable, exige á toda costa una composturita. (—*Cuando llegue la feria.*) El pilar ó pilon de la calle de San Fernando es un monumento lamentable. (—*Peor es el cólera y no se ha podido deterrar.*) Las losetas de la calle de Ambrosio de Morales amenazan largarse el dia menos pensado. (—*Están en su derecho, para algo somos libres.*) Y así iría V. dando al aire sueltos inútiles á los que siempre contestaría el Ayuntamiento como las estrellas de aquel cantar:

A las estrellas del cielo
mis penitas les conté;
y me contestaron ellas:
¿á mí qué me cuenta usted?

—Es verdad, amigo mio, es verdad. Mañana veremos lo que dice ese periódico. Él ha de decir algo.

.

* *

—D. Eulogio, D. Eulogio; aquí está EL ÁLBUM.

—Veamos, veamos que trae.

—A ver la revista. Lea V.

—Los últimos siete dias.....

¡La semana! ¡Ah! La semana!

Carísimos lectores esta semana hemos tenido: domingo, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado. ¡Ah!.....

B. AVILÉS.

Los suscritores.—Pues tiene razon.

EL SABLE DE MADERA.

En una de las comidas que el rey de Prusia daba á los ingenios que ornaban su córte, Federico habia propuesto á sus convidados que contasen cada uno de ellos alguna historietta con que tuvieran relacion. Mampertuis, d' Argent, Lamotrié, Algarott, habian llenado su turno mostrando tanto talento como gracia. Voltaire sobre todo se habia distinguido narrando la aventura mas estravagante que ha podido suceder á ser viviente: hé aquí en dos palabras la sustancia de su relato.

Un dia que Federico Guillermo y su córte habian salido para Postdam, una criada del palacio recogiendo la ropa de las camas llega á la habitacion de Voltaire, tira bruscamente de las sábanas y los paños y arroja con ellos un hombre en medio de la pieza. Este era el mismo Voltaire que á consecuencia de una ligera indisposicion no habia creído oportuno acompañar al rey en su viaje. Se habia agazapado entre las cubiertas de la cama, en cuya posicion se quedó dormido. La criada tomó por un gran pliegue el sitio que servia de escondite al poeta, cuya persona flaca y descarnada apenas ocupaba lugar. La pobre mujer, asustada al encontrarse frente á aquella especie de Lázarro, púsose á gritar con todas sus fuerzas; Voltaire la miraba despavorido sin saber si soñaba ó era víctima de un atentado. El marido de la desgraciada sirvienta, que estaba en un cuarto próximo, acudió á las voces y creyendo que Voltaire habia querido atentar contra la honestidad de su mujer, se disponia á maltratarle cuando se descubrió toda la verdad. Era un espectáculo curioso ver al autor de la *Henriade* liado en un cobertor, parecido á un orador antiguo, esforzándose en hacer entrar la persuacion en la dura cabeza del marido.

Este hecho cómico, sazonado por la chispeante gracia con que Voltaire adornó todos sus incidentes, proporcionó un rato muy divertido á la gozosa compañía.

Llegó su vez al rey. «Por mi parte señores, dijo Federico, voy á contaros una historia de soldado, de cuerpo de guardia, añadió mirando con cierta malicia á Voltaire que en una conversacion á él referente, habia calificado así el real palacio. Vosotros los hombres de letras que despreciáis lo que al arte de la guerra concierne, no conocéis los cuidados que ocasionan á un monarca la conservacion del buen órden en las tropas y el mantenimiento de la disciplina. Esto último sobre todo, no se obtiene sino con una esquisita vigilancia en que interviene frecuentemente la astucia.

«Veo oscurecerse vuestros semblantes porque creéis sin duda que os voy á regalar con una disertacion á lo Polybio: no temais, ya encontrareis en mi narracion el chiste si tenéis la paciencia de escucharme hasta el fin.

«Para conocer lo que pasa entre mis soldados me he disfrazado mas de una vez para hacer mis rondas secretas. Una noche encontré en cierta calle extraviada de Berlin uno de esos grandes diablos de seis piés que mi padre y yo hemos hecho buscar por toda Europa, que no tenia trazas de ser nada sóbrio. Vds. saben que la paga de un soldado es bien poca cosa; apesar de lo que yo habia notado hacia tiempo que mis soldados frecuentaban mucho las tabernas, sin poderme explicar donde encontraban recursos para ello.

—Como haceis camarada, dije á este soldado, para hallar dinero con que beber y divertiros, cuando yo apenas puedo en una semana ahorrar el valor de una media botella de vino?

—Porque sois novicio, me replicó vivamente; cuando lleveis un año de servir habreis aprendido como yo, porque nada tiene de difícil. Me pareceis un bravo camarada, incapaz de hacerme traicion y os lo diré todo. Un compañero me convidó el otro dia á una buena comida y yo, no queriendo dejar pasar mucho tiempo sin obsequiarle en algo por mi parte, y sin tener en el bolsillo mas que unos cuartos; que hice? He estado á visitar á un honrado usurero á quien, mediante algunas monedas, he dejado en prenda la hoja de mi sable.

—¿Y como hareis para recobrarla?

—Reduciendo mis gastos por algunos dias hasta reunir la cantidad necesaria para rescatarla.

—Pero y si el capitán se apercibe de que falta la hoja á vuestro sable?

—Bah! no es posible: no tenemos revista hasta la semana próxima.

«Tuve cuidado en reparar bien en mi hombre, prosiguió Federico, y al día siguiente dí de improviso la orden de que formaran los granaderos en la gran plaza de Berlin. Así que apercibí á mi soldado de la víspera, llamado Federsoff, le hice salir de las filas con su vecino en quien fingí reconocer á un soldado, que pocos días antes habia asesinado á uno de sus jefes y al cual no se habia podido encontrar. Le hice despojarse del uniforme y mandé bruscamente á Federsoff que le cortara la cabeza.

«El pretendido culpable protesta de mi error y es tal su turbacion que no sabe qué le pasa y se arroja á mis plantas implorando perdon. Federsoff me suplicaba por su lado que perdonase á su antiguo camarada y en todo caso que no le escogiera para ejecutar una orden tan cruel.

—¡Date prisa! le grité con voz de trueno: saca el sable!

«Entonces, viéndose cogido, Federsoff levanta los ojos al cielo con aire desesperado y animado de una profunda exaltacion exclamó! «Dios mío, en la afliccion en que me hallo quitadme la fuerza para ejecutar la orden de S. M. ó haced que la hoja de mi sable se convierta en una hoja de madera.

«Tira del sable y muestra en efecto á los espantados ojos de los testigos de la escena el milagro que el cielo acaba de hacer en su favor.

«Ante una manera semejante de librarse del compromiso, quedé enteramente desarmado; no pude contener la risa como sucedió á los demás circunstantes luego que tuvieron conocimiento de la causa del pretendido milagro. Federsoff, sin embargo, conservaba su aire sério y compungido.»

A tan inesperado fin, los convidados reian á carcajadas y el rey mismo riyó con tal fuerza al recuerdo de esta aventura, que hizo rodar su vaso.

Señor, le dijo Voltaire llenando el vaso de Federico con mano que la hilaridad hacia insegura, el cuento ha sido excelente y lo que mas admiro en él es vuestra clemencia con ese soldado que tan gravemente habia faltado á la disciplina.

Durante algun tiempo en las comidas que siguieron quedó la costumbre de jurar por el *sable de madera!* tanto por gusto cuanto por

agradar á Federico recordándole el éxito que habia alcanzado contando su historia.

J. B.

(T. DE R. GARCÍA.)

VARIEDADES.

UN PROVERBIO.

(De Alfonso Karr.)

Conocí un hombre, jóven, buen mozo, con talento, rico y valiente, y en una palabra, con todas las condiciones necesarias para poder llamarse dichoso en esta gran jaula que se denomina mundo. Pero he aquí, que como á cada mortal le acometen sus manías, ó se ilusiona con alguna empresa, nuestro héroe creyó que la felicidad consistia en practicar el refran español que asegura: *Bueno es tener amigos aunque sea en el infierno.*

Firme en su propósito dió comidas opíparas, prestó grandes sumas de dinero, permitia que cualquiera disfrutase sus caballos y sus armas, y por último, la beneficencia oficial y la privada fué otra de las condiciones de su existencia. Si jugaba, perdía á propósito; si bailaba, lo hacia torpemente; cantando, desafinaba á menudo, y en fin, procuraba no sobresalir en nada, para no excitar la envidia, y menos por su fortuna, porque esta pertenecía á todos más que á él.

La poblacion en masa era su amiga, cualquier ciudadano lo tuteaba, y esta franqueza formaba su mayor encanto. Tal vez, si hubiese reflexionado un poco sobre los beneficios de esta amistad universal, hubiera conocido el poco provecho que le traia. En el invierno, siempre lo colocaban lejos del fuego, para darle el mejor asiento á un extraño que no era *amigo*. En la mesa servian á todos ántes, le propinaban los huesos y las sobras, y hasta los angelitos que para cansar sus brazos le endonaban las mamás amigas, ensayaban sus gracias en sus vestidos.

Un día, uno de sus *amigos* le escribió una carta concebida en los siguientes términos:

«Sálvate; he entrado en una conspiracion que acaba de descubrirse, y han cogido mis papeles. Como eres mi mejor amigo, como sabia que contaba contigo como conmigo propio, te coloqué el primero en la lista de los conjurados. Nuestra ruina es cierta, y seremos

condenados á muerte. Huye sin pérdida de un instante.»

Nuestro protagonista vivía en un barrio bastante apartado del centro; y el cartero, que por casualidad no tenía otra que repartir por aquel punto, y que era su amigo, confió en esta cualidad para eximirse de conducirla hasta el día siguiente.

Por la noche se presentaron los gendarmes encargados de prenderle.

El jefe, que era otro *amigo* suyo, no quiso experimentar el dolor de arrestarle por sí mismo, y encargó este cometido á sus subordinados, los que ignorando semejante lazo, despojaron de lo lindo al prisionero. Este en un momento de reflexion, y bajo el pretesto de vestirse, entró en el gabinete y se tiró por la ventana. Cayó precisamente sobre su *amigo* á quien la sensibilidad retenía en la esquina y que al arrojar su grito de alarma fué causa de que lo prendieran nuevamente.

Empezó á instruirse su proceso; toda la ciudad estaba convencida de su inocencia; pero vinieron jueces extraños, porque los de la localidad se recusaron por no verse obligados por cualquier evento, á condenar á *un amigo*.

El fiscal, que también lo era, creyó que su reputacion de independenciam le comprometía por su conocida intimidad con el procesado y, para desvanecerla, se esforzó en ser en su ministerio más duro y severo que con ningun otro delincuente.

Su abogado, conmovido hasta el idiotismo, (tan *su amigo* era) nada pudo alegar en su defensa, prorumpiendo sólo en gemidos y en imprecaciones, hasta que cansados los jurados, dictaron por unanimidad sentencia de muerte.

El ministerio, que sabía el número infinito de los *amigos* de este desgraciado héroe, temió un golpe de mano para sacarle de la prision, y dispuso que lo cargaran de cadenas, privándole del consuelo de ver á nadie absolutamente. Llegó el día del suplicio, un momento de desesperacion le prestó fuerzas, rompió sus cadenas, y hubiera huido si el tropel de gentes que le *estaban obligadas por la amistad*, no le hubiesen sujetado para abrazarle y darle el parabien. En su consecuencia fué preso y llevado en el acto al patíbulo. El verdugo, que en días felices le llamaba su *mejor amigo*, sintió tan dolorosa emosion, que su mano temblorosa apenas pudo separar la cabeza del tronco hasta los cinco golpes; redoblando los martirios de la víctima. En vista

de este ejemplo, ¿quién no se desvive por la amistad, para poder repetir el adagio nuevo, que ha venido á sustituir al antiguo: *qué amigos tienes, Benito*.

A. A.

LAS RUINAS.

El astro de la noche apareció en el vacío y su luz de plata iluminó las ruinas del campo.

Vedlas allí, como esqueleto de cadáver insepulto; como cadáver de un pasado que ya no existe; como recuerdo de una historia que desconocemos.

Ah! yo amo las ruinas.....

¡El pensamiento es su santuario!

El corazon su culto.

El pájaro canta melancólico sobre las piedras tapizadas de atrevidas yerbas, y el polvo de los huracanes cubre su frente.

El hombre es una ruina.

El tiempo lo desbarata en polvo; su alma invisible vuela al cielo.

A. J.

A última hora hemos recibido la siguiente poesía, superior á cuantas tenemos archivadas para su publicacion, por la cual retiramos la destinada para hoy.

EL CARIBE ENAMORADO.

*El mundo es una morada
Toda llena de ilusiones,
Es una caja cerrada
Llena de camaleones.
En fin, el mundo no es nada.
(***)*

I.

Sicomoro y Abedul,
Que trasnochas ufanado,
Amalgama el Stambul
Con el Congo y el Tostado
Y cúbrelos con un tál.

II.

Que en esta region celeste
De caramelos rellena,
Se vé con pavor agreste,
Junto al lobo y la ballena
Algun tulipan silvestre.

III.

En amarga confusion
Se dibuja con turrón
El horizonte nublado
Y en un garbanzo tostado
Se fabrica salchichón.

IV.

Pesares ¡ay! que en el mundo
Pesán algunas arrobas
Y en ellas ¡ay! me confundo
Porque es un dolor profundo
El recibir estas sobas.

V.

La virginal calabaza
Que causa dolor y espanto
Me tiene amagado en llanto
Por la mañana, en la plaza,
Donde mis desdichas canto.

VI.

Acógeme tributaria
Y duelete de mi angustia
Que me tienes hecho un pária
Y con el alma tan mustia
Como yerba parietaria.

VII.

Un picatoste me has hecho
El corazón, que no late,
Y tengo dentro del pecho
Un bollo de chocolate
Para tu amor satisfecho.

VIII.

No seas cruel con migo
Adolécete de mí
Que desde el día que te ví
Estoy hecho un pan de higo
Cubierto de ajonjolí.

IX.

Si el mármol tuviera peces
Y bigotes las estrellas,
En canícula, las nueces
No parecieran tan bellas
Como tu á mí me pareces.

X.

Que eres un sol ilustrado
Y perdiz anacoreta
Y el *Caribe Enamorado*
Diera por tí la muceta
Y el año del Doctorado.

A.

A UNA NARIZ.

IMITACION DE QUEVEDO.

Érase un hombre á quien le dió el destino
De una nariz de colosal tajada;
Érase la hoja mónstruo y arqueada
De un cortador alfanje damasquino.
Érase la eminencia de Apenino,
El corvo pico de ave coronada
Érase una fragata acorazada
Mas que nariz era un zapato chino.

Membrana pituitoria fabulosa
De un labrador la tuerta podadera
Érase la guadaña rigurosa.
Con que Saturno la existencia altera
Érase una nariz; mas tan grandiosa
Que el coloso para ella chato fuera.

J. R.

MISCELÁNEA.

Damos las gracias llenos de satisfaccion á la señora doña Josefa Virginia Vila y Albino por el notabilísimo regalo que con su especial obra el *Estemporeanillo* nos ha hecho en estos días.

Tambien está sumamente agradecido cierto redactor que á petición suya fué ámpliamente servido y cortésmente contestado por dicha señora.

*
* *

Una viuda rica residente en la Habana se ha casado recientemente con un negro del cual está perdidamente enamorada.

—Cómo has podido casarte con un negro? la preguntaba una amiga suya.

—Hija, ya ves, como estoy de luto...

*
* *

Dentro de pocos días saldrá para Teruel donde piensa fijar su residencia, por ser el país de sus mayores, nuestro amigo D. Diego Marsilla, algo mas aliviado de su repentino y temeroso padecimiento.

Se cree que antes de establecerse definitivamente en aquella provincia irá á la exposicion de Viena, por recomendacion de alguno de sus amigos.

*
* *

Diálogo entre marido y muger:

—Esposo mio, llega la primavera y necesito dos vestidos claros, una manteleta de encajes y un sombrero de paja de Italia con hojas de parra.

—Pluguiera al cielo que volviésemos á los tiempos de Adán en que te contentarías con eso último.

*
* *

CANTARES BURLESCOS.

Cien mil conchas tiene el mar,
cien mil estrellas el cielo,
cien mil árboles el bosque...
¡quién tuviera cien mil pesos!

Luna, luna, compañera
en un tiempo de mi dicha,
por fin te vas y me dejas.
¡Memorias á la familia!

Las calles de la ciudad
se parecen á tu amor
que cuanto mas se componen
se van quedando peor.

*
* *

Se asegura que á consecuencia del riguroso bando que sobre los perros ha publicado el Ayuntamiento en el que se mandan matar aunque vayan con sus amos,

no rabiaron los perros; pero se sabe ya que están rabiando la mayor parte de los dueños.

Alcalde por caridad
No os salgais del justo medio
Porque vá á ser el remedio
Peor que la enfermedad.
Que pronto vamos á ver
El caso fenomenal,
De tenerles que poner
A los dueños el bozal.

* *

Sé de una poetisa
Que no sabe zurzir una camisa,
Y es tan llana y modesta,
Que lleva súcia la que lleva puesta.
Llaman filosofía
A lo que es ¡oh lectores! porquería.

* *

Viendo Ernesto á un amigo en el regazo
de Paz, hermosa niña, solazarse,
dijo lleno de envidia: «Caballero,
aunque no ha muerto usted ¡en Paz descanse!

* *

—Adios D. Frutos. ¿Como vá?
—Bien gracias, ¿y V?
—Psch.
—¿Ha estado V. en el Circo?
—Si señor. Una noche.
—¿Y qué?
—Nada.
—¿Cómo, nada?
—Pues; nada.
—No comprendo.
—¡Ah! ya... sí, sí. Tres reales me costó entrar. Pero me salí sin que nadie me lo estorbara al poco tiempo.
—¿Tan malo es aquello?
—No; precisamenté malo, no.
—Pues habla V. de ello con un aire de desagrado...
—Precisamente de desagrado, no.
—Pues con gusto no habla V.
—Hombre precisamente con gusto, no.
—Pues entonces, ¿cómo habla V?
—Hablo describiendo. Aquello le hace al espectador el efecto que á V. mi conversacion. Desde que se empieza hasta que termina se esta esperando el acontecimiento nuevo, el ejercicio de mérito, *el golpe de la noche* como diria un amigo mio, y se marcha uno siempre sin haberlo encontrado, como V. se marcharia si yo hubiera continuado como al principio.
—Gracias. amigo; me alegro de saberlo.

* *

No ha mucho niña que en el bosque umbrío
con celestial candor
aceptaste la ofrenda cariñosa
de mi ferviente amor.
«Te adoro» me dijiste «dueño mio
nunca te olvidaré»
y yo loco de amor, embelesado
dí á tus palabras fé.
Para mi mal tu juramento impío
has olvidado ya

¡ay! yo te juro ingrata idolatrada
que lo mismo me dá.

* *

Un cura del Japon
comia sombrereras de carton
y cuando no tenia
los muebles de su casa se comia.
Quien á tal aflecion quiera entregarse
no tendrá una silla en que sentarse.

* *

Con mi laud la di una serenata
entre sombras hundido.
Abrió la reja; apareció la ingrata...
y me puso perdido!

CHARADAS.

1.^a

En un prima hermoso, puro,
hacia segunda me fui
llevando conmigo el todo
que á su orilla me leí.

2.^a

Una y dos existe en tí,
la tercera es vegetal,
y en el todo puedes ver
el nombre de un animal.

3.^a

Oyendo un prima y tercera
encontrábame, lector,
cuando ví pasar al todo
conduciendo á prima y dos.

J. L.

4.^a

Mi segunda repetida
es un animal muy raro;
y mi primera es nobleza
que solo en la Francia hallo:
tercera y cuarta es bebida
y no hay nada mas amargo,
en segunda y cuarta suelo
bañarme por el verano;
y si quieres ver mi todo
vete una noche al teatro.

A. T.

LAS SOLUCIONES EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

REMITIDO.—Solucion á las charadas insertas en el número anterior:

MONÁRQUICO.—RELAMIDO.—AGUACERO.

Establecimiento tipográfico de LA ACTIVIDAD,
Azonaicas, 4.

El joven dió un paso atrás apesar suyo, pero la aparicion estendió la mano hácia él y con voz dulce y triste sonrisa:

—No tengas miedo, le dijo, que hoy es dia venturoso para tí y para mí.

—Quien sois pues, y qué servicio os hé prestado?

—«Yo soy la señora de este castillo y como ves es la misma nuestra suerte: él, es una runina; yo soy una sombra. Jóven todavía, fui la prometida esposa del conde de Windeck, que vivia á algunas leguas de aquí, en el castillo cuyos restos llevan aun su nombre. Despues de jurarme que me amaba, despues de estar seguro de mi amor, me abandonó por otra mujer con quien casó: pero su felicidad no fué de larga duracion. El conde de Windeck era ambicioso; entró en la union contra el emperador y fué muerto en un combate en que quedó destruida aquella liga y los imperiales se repartieron por las montañas entregados al pillaje y al incendio de cuanto pertenecia á sus enemigos. El castillo de windeck no escapó á la suerte de los demás, pero la jóven condesa con su hijo en brazos logró salvarse: bien pronto rendida de fatiga arrancó una rama de sicomoro para apoyarse: habia visto á lo lejos las torres del castillo que yo habitaba y como ignorase lo ocurrido entre su marido y yo, venia á pedirme hospitalidad. Pero si ella no me conocia, yo la conocia muy bien; la habia visto pasar en una cacería, embriagada de amor y de felicidad y seguida de un cortejo de bellos jóvenes que, ecos de mi ingrato amante, la decian que era hermosa. A su vista, lejos de compadecerme como era natural en una dama cristiana, se des-
pertó todo mi ódio.

La ví con alegría subir, con el peso de su hijo y los piés desnudos, el empedrado sendero que conducia á la puerta de mi castillo. Pero al llegar á la plataforma que domina ese lago de agua sombría que vez ahí, no pudo mas; hizo un último esfuerzo clavando el palo de sicomoro en tierra; estendió hácia mí sus brazos en los cuales apenas podia sostener á su hijo, y cayó mo-

ribunda estrechando aun al pobre niño contra su corazon. Entonces, lo sé, yo debí bajar de mi balcon, acercarme á ella, llevarla, conducirla al castillo y hacerla hermana mia: esto mandaba la caridad ante Dios; sí lo sé; pero yo estaba celosa del conde, aun despues de su muerte y quise vengarme en su pobre é inocente mujer. Llame á mis criados y les mandé que la arrojaran como á una gitana. Ay! me obedecieron; les ví aproximarse á ella, insultarla, negarle hasta aquel pedazo de tierra donde descansaban un instante sus fatigados miembros... Entonces se levantó y loca, insensata, cogió á su hijo en los brazos, corrió desatentada hácia la roca que domina al lago, llegó á la cumbre y lanzándome una terrible maldicion se precipitó en las aguas con su hijo. Di un grito: en aquel momento me arrepentí, pero era tarde. La maldicion de mi víctima habia subido hasta el trono de Dios.

»Al otro dia un pescador que arrojó sus redes en el lago sacó en ellas á la madre y el hijo que aun estaban estrechamente abrazados; pero como mis criados aseguraron que ella habia atentado á su vida, el capellan del castillo se negó á darle sepultura en tierra santa y la enterraron en el sitio donde clavó la rama del sicomoro: esta rama que aun estaba verde, crió raices y dió en la primavera siguiente flores y frutos.

»En cuanto á mí devorada por mis remordimientos, sin tranquilidad durante el dia, sin reposo por las noches, pasaba el tiempo rezando, arrodillada en la capilla ó errante en torno del castillo. Mi salud se resintió poco á poco y pronto me convencí que estaba atacada de una enfermedad moral: una languidez extrema se apoderó del cuerpo y me obligó á guardar cama. Vieron los mejores médicos de Alemania, pero todos movian la cabeza al verme y decian: nada podemos ya; la mano de Dios es sobre ella. Y tenian razón, estaba condenada; y el dia que hizo el tercer aniversario de la muerte de la condesa, morí á mi vez. Me vistieron con el traje negro que yo habia recomendado y que llevo siempre, como señal de luto por mi crimen, y me enterra-

ron en la capilla funeraria de mi familia, dejando caer sobre mí la piedra de la tumba.

»Aquella misma noche, en medio de mi sueño mortal, creí oír la hora en el reloj de la capilla. Conté los golpes y eran las doce. Al sonar el último me pareció que una voz me decía:

»—Mujer, levántate.

»—Señor, señor! no estoy muerta pues, y cuando creía estar dormida para siempre, vuelvo de nuevo á la vida.

»—No, dijo la voz, no se vive mas que una vez: estás muerta; pero antes de implorar misericordia, es menester que satisfagas á la justicia.

»—Señor, exclamé estremecida, que vá á ser de mí?

»—Errarás como alma en pena, respondió la voz hasta que el sicomoro que cubre la tumba de la condesa sea bastante grueso para hacer con su madera la cuna del niño que debe libertarte. Levanta y cumple tu destino.

»Elevé entonces con el extremo de mis dedos la piedra que cubría mi sepulcro y saí pálida, fría, inanimada, á dar vueltas alrededor del castillo hasta que se oyó el primer canto del gallo; en aquel punto fui como empujada por una fuerza irresistible; entré en esta torre cuya puerta se abrió sola ante mí y me acosté en mi sepulcro cuya cubierta cayó por sí misma. La segunda noche ocurrió lo mismo y todas las demás sucesivamente.

»Esto duró cerca de tres siglos. Cada año veía caer una á una las piedras del castillo y brotar una á una las ramas del sicomoro: de las cuatro torres del castillo ya no quedaba en pie mas que esta: el árbol creció y engruesó hasta el punto de hacerme ver próxima la libertad.

»Un día vino tu padre con un hacha. El sicomoro, que hasta entonces habia resistido al acero mejor templado, cedió á su esfuerzo; á mis ruegos hizo del tronco una cuna donde te acostaron el día de tu nacimiento.

«El Señor me ha librado al fin; El sea bendito por su poder y su misericordia.»

Dicho esto y dejando la rama seca en manos de Roschen la dama negra desapareció.

Creció el niño y llegó á ser un joven apuesto: de cuando en cuando Roschen miraba la rama de sicomoro que tenia colocada al pié de un crucifijo con el box bendito del Domingo de Ramos y como viese que cada día se ponía mas mustia y ajada, movía la cabeza dudando que pudiese volver á tener hojas, ni flores.

Apesar de todo, el mismo día que su hijo cumplió los diez y seis años, obedeciendo las indicaciones de la dama negra, cogió la rama y la colocó en un manantial que tenia en el jardín.

Al otro día fué á verla y le pareció que la savia comenzaba á circular en los tallos: al siguiente vió formados los botones que abrieron luego naciendo las hojas y despues las flores: al cabo de ocho días se hubiera dicho que la rama acababa de desgajar-se del sicomoro próximo.

Llevo entonces Roschen á su hijo al manantial y le contó lo ocurrido el día de su nacimiento: el joven, aventurero como un caballero andante, cogió la rama é inclinándose ante su madre, la pidió su bendición porque quería comenzar la aventura en el acto. Roschen le bendijo y el joven se dirigió á las ruinas.

Eran aquellos momentos de la tarde en que próximo á ocultarse el sol en el horizonte, suben las sombras de los lugares mas bajos á los mas elevados. El joven aunque valiente, no estaba exento de esa inquietud que experimenta el hombre de mas razon cuando vá á acometer una empresa de resultado sobrenatural ó inesperado: al poner el pié en las ruinas su corazón latía con tal violencia que tuvo que detenerse un poco para respirar. El Sol se habia ocultado enteramente y comenzaba la oscuridad á sombrear el pié de las murallas cuya superficie estaba aun ligeramente iluminada.

El joven avanzó algunos pasos hácia la torre de Oriente, y al oriente de la torre encontró una puerta sobre la que dió tres golpes con la rama: la puerta se abrió y apareció la dama negra.